



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10218

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 23 DE NOVIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiegos.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al viticultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagenotas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

Desconfiemos.

No solo hemos de castigar la mano del asesino que hiere, es necesario también depurar la responsabilidad que alcanza a quien paga y ordena matar.

No hemos, pues, de dirigir la bocina que recoge nuestras ruidosas protestas única y exclusivamente á los insurrectos que dirigen sus «rifles» contra los nuestros, es indispensable, antes quizás, fijar la vista en la Confederación que dirige como ayer planeó la insurrección, que con enormes cantidades la sostiene y utilizando en su provecho enemistades de raza, trueca en beneficios mercantiles la muerte de nuestros soldados.

Y así como ante la violencia del atentado revélase un sentimiento innato en todo ser, el de la propia defensa, es naturalísimo que la agresión de los filibusteros y en tanto nuestras tropas pelean respondiendo de este modo al ataque con la lucha, protestemos de los incalificables desafueros llevados a la realización *sotto voce*, cual siempre los ejecutan pueblos tan hipócritas como ladinos.

El menor efecto que nos puede producir la ofensiva ayuda de los Estados Unidos en la insurrección de Cuba, es el de la sorpresa, toda vez que ya comprendemos—tratándose de un país en el que en todo y para todo se atiende como

principal y á veces único asesor, al negocio—pero al propio tiempo cuesta trabajo convencerse de que la República de la Unión que en muchas ocasiones y en diversos tratados dió inequívocas muestras de simpatía y de adhesión á España; que la República de la Unión que ha dicho y repetido que si bien jamás podría ver con buenos ojos la dominación europea en América, hacía una excepción en favor de España, cuya causa «siempre defendería»; cuesta trabajo, repetimos, convencerse de que esa República, olvidando cuanto debe á España y desoyendo asimismo la voz del agradecimiento, favorezca ahora la insurrección separatista, poniendo á disposición de ésta cuantos medios necesita si no para conseguir á lo menos para ayudar á sus fines.

Z.

Tropas á Cuba

Hermosa ha sido la despedida hecha al batallón expedicionario de España por la población de Cartagena; de ella conservará recuerdo imborrable la población y lo conservará también el valiente batallón que va á la tierra cubana á combatir con los separatistas.

Como estaba anunciado, á las ocho y media ha salido del cuartel, aclamado por el gentío que esperaba su salida en la plaza del Hospital.

Precedido de la música del regimiento, ha recorrido el itinerario, que ayer dijimos, el cual estaba adornado con multitud de colgaduras.

Al salir del cuartel la bandera, le han sido arrojadas multitud de palomas con cintas de los colores nacionales en el cuello.

—¡Viva el regimiento de España!—gritaba la multitud.

—¡Viva!—contestaban los soldados, poseídos de entusiasmo frenético.

Pero donde el frenesí ha rayado á altura inconmensurable ha sido en la plaza de San Sebastián. Allí hemos presenciado un espectáculo grandioso. Lo balcones del Círculo Ateneo, vistosamente colgados, estaban atestados de hermo-

sas mujeres, que al pasar el batallón han arrojado numerosos *bouquets* á los soldados y millares de papeletos de colores con los siguientes sentidos y patrióticos versos, que son como de la mano que los ha escrito:

EL CÍRCULO ATENEO Al Regimiento de España.

Partid: la patria exigió
vuestro esfuerzo valeroso;
y ya que á Cuba os mandó,
ved que su nombre glorioso
por nombre de gloria os dió.

No hay ninguno máspreciado
en toda la humana historia...
Roncesvalles, el Salado,
Clavijol... ¿Quién ha ganado
timbres mayores de gloria?

Llevais un nombre inmortal,
donde en guirnalda triunfal
en torno suyo se ven,
las glorias de San Marcial,
de Zaragoza y Bailón!

Algo que aún no declinó;
pues en los vivos reflejos
últimos que al mundo dió,
cuál sol de gloria brilló
con Prim en los Castillejos.

¿Verdad que es nombrepreciado
el que usais y exclamado?
¡Y qué bien la patria ha obrado!
¡Con gloria fué recibido,
con gloria lo habéis llevado!

Que hijos de la noble entraña
del castellano león,
dispuestos á toda hazaña,
sois la valiente legión,
sois... ¡el batallón de España!

Los que al enemigo hallando
y al cerrar en lucha fiera,
vais en ella conquistando
corbatas de San Fernando
para adornar la banderal

Los que no sabéis ceder,
los que sabéis resistir
y el peligro acometer,
y sois héroes al morir
y sois héroes al vencer.

¡Sue! A Cuba! A continuar
la noble leyenda antigua
de vuestro valor sin par;
Héroes de España, á sembrar
de laureles la manigua!

Ved que en aquella región
de América, á vuestros pies,
muerta yace una legión
que allí condujo Colón,
que acudió Hernán Cortés.

Sombras que no se retiran
de allí, que trémulas giran
entre blancas aureolas...
Luchad... venced! Allí os miran
muchas glorias españolas.

Id de la victoria en pos,
y si el mambís vuestra saña
no temiese... ¡voto á bríos!
España, en nombre de Dios
¡sue! ¡Santiago y cierra España!

Francisco Arróniz.

De esta magnífica composición ha hecho el Ateneo una tirada en raso, que ha sido repartida entre los oficiales del expedicionario.

Cuando pasaba la bandera, el presidente del Círculo-Ateneo, nuestro amigo D. José López Rodríguez, dió un viva al ejército español y arrojó á la gloriosa enseña una gran corona de yedra, estallando en el momento vivas unánimes y estruendosos á España y al ejército. Después la sociedad en masa abandonó el Círculo y acompañó hasta el muelle al batallón.

Allí esperaba el vapor «San Francisco» su preciada carga, y á su capitán D. José Márquez debemos multitud de atenciones y obsequios que verdaderamente nos han abrumado.

El embarque del batallón ha sido presenciado por muchos millares de personas, entre las que se veía gran número de señoras.

A despedir el batallón han estado las autoridades de la plaza y departamento, comisiones de todos los cuerpos del Ejército y la Armada y las músicas militares, el ayuntamiento casi en masa, una comisión del Ateneo y la prensa en masa también.

A las diez y media, á los ecos de la marcha de «Cádiz», vitoreado el batallón por millares de voces, el «San Francisco» abandonó la orilla del muelle y poco después cruzaba la bahía en demanda de la salida del puerto.

Sobre el puente se destacaba la figura de su simpático capitán, que parecía orgulloso de tal buque y de tal carga; en la cubierta se agrupaban los soldados agitando los pañuelos en señal de despedida; en el muelle se agolpaba el pue-

blo frenético de entusiasmo y á los gritos de ¡Viva España! hizo el buque rumbo á poniente y desapareció de nuestra vista.

Hermosa ha sido la despedida que ha hecho el pueblo de Cartagena al batallón expedicionario de España. El ayuntamiento ha cumplido con su deber en nombre del pueblo. El Ateneo se ha excedido á sí mismo y ha dado al acto una hermosísima nota digna del aplauso general.

El batallón de España va con rumbo á Cuba.

Que Dios lo guíe y lo acompañe dándole la victoria.

¡OTRO MÁS!

—¿Se può pasar?

—Adelante.

—Má buenos días.

—Muy buenos.

—¿Está está bien?

—Bien, ¿y usted?

—Pa servirle.

—¿Y en qué puedo?...

—Yo soy novio de la Pacla.

—¿De la Pacla?... no recuerdo.

—Si, señor; aquella chica

que tuvo osté año y medio de cocinera, y se fue con las viruelas al pueblo.

—¡Ah, sí! Pues usted dirá.

—El caso es que no *matrevo*; soy mu corto....

—¡Zapateta,

y tiene tres piés lo menor!) Vamos, átrévase usted.

—Pus allá vá, ¿Usted no es de esos que escriben para el *trato*?

—Si, señor; pero no acierto....

—Pus verá; la *custión*

es la siguiente: Tenemos en el pueblo un gran corral, que sirvió pa guardar cerdos, y fue mudado *dimpues*,

y salón de Ayuntamiento, y ahora lo han hecho casino.

—¡Vamos, ha ido *descreciendo*!

—Allí han puesto un gran *tablado* con unas pinturas *drento*,

y en la función que *había* ogaño, de la Patrona del pueblo, han *dió* unos comediantes

y unas comediantas.

—Bueno,

¿y á mí, que me cuenta usted?

—¿Qué tengo que ver con eso?

ERNESTO MALTRAVERS.

227

zón estaba conmovido, aunque no se hallaba abundantemente provisto de lo que se llama humor fácil, oficioso, que sobrenada en la superficie y se manifiesta con risitas y palabras dulces por todo y con todos; pero encerraba su sí mismo una dosis grande de benevolencia natural, aunque no tanta de dulzura.

El poeta aceptó la proposición y no tardaron en trasladarse al lago.

Era en un día caluroso en que estaba el sol en toda su fuerza, así la barquilla se deslizaba lentamente bajo las sombras formadas por la ribera. Cesarini sacó de su seno algunos manuscritos de una letra pequeña y bonita. ¿Quién no sabe el cuidado respetuoso que pone un poeta joven en ataviar con prolijidad sus versos más queridos?

Cesarini iba bien y con sensibilidad, todo favorecía al lector, sus rasgos poéticos, su voz, su entusiasmo medio reprimido, el interés anticipado del oyente, el encanto de la escena y de la hora que predisponían á la meditación (porque el tiempo hace mucho en esta clase de asuntos). Ernesto lo oía con una atención grande. Es muy difícil juzgar del mérito real de la poesía en una lengua extranjera, aun cuando se conozca bien, por la mucha parte que tienen en el mérito de los versos las sutilezas minuciosas del estilo y la majía de la expresión, lo cual no es posible traducir.

226 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

mente lo mismo que decía; pero era el consuelo más delicado que podía ofrecer á un hombre cuya inesperada franqueza le embarazaba y le daba pena. El joven italiano meneaba la cabeza en señal de confianza. Queriendo mudar Ernesto el objeto de la conversación, se levantó, salió al balcón, habló del tiempo, admiró el delicioso paisaje, indicó manifestando buen gusto y sentimiento, sus más minuciosos pormenores y sus bellezas más ocultas. El poeta llegó á estar bastante animado y algo más tranquilo, aun se expresó con elocuencia, citó versos y los comentó. Ernesto se interesaba por él más y más, tenía curiosidad de saber si sus talentos igualaban á sus aspiraciones y manifestó á Cesarini deseos de conocer sus obras. Esto era justamente, todo lo que deseaba el joven autor. Pobre Cesarini! era mucho para él encontrar un nuevo oyente, porque se imaginaba que todo oyente de buena fé debía ser un admirador apasionado. Pero imbuido en las preocupaciones ridículas de su casta, afectó repugnancia é indecisión, procurando ocultar su propia impaciencia. Su huésped para allanar el camino propuso que se haría una excursión por el lago.

—Uno de mis sirvientes irá remando, dijo Ernesto, vos recitaréis, yo escucharé y seré para vos lo que a vieja Laforet era para Moliere.

Ernesto era sumamente bondadoso cuando su cora-

ERNESTO MALTRAVERS.

223

entregado á esta dulce ocupación, cuando le fue anunciada la visita de Cesarini.

—Muy pronto he usado de vuestros ofrecimientos, dijo al entrar el hermano de Teresa.

—Lo cual os agradezco mucho, respondió Ernesto, estrechando la mano tímidamente presentada.

—Parece que estáis ocupado en escribir, lo veo. Yo tenía por seguro que habíais de ser aficionado á la literatura y que la cultivaríais. Vuestra voz, vuestra cara me lo han dado á conocer, decía Cesarini sentándose.

—Empleaba vanamente un tiempo de ocio.

—No, no escribís solamente para vos; tenéis á la vista los grandes tribunales literarios, el público, la posteridad.

—Os protesto que no, respondió el inglés sonriéndose. Examinad los libros que tengo sobre la mesa, vereis las obras maestras antiguas y modernas. Estos son, unos estudios que desaniman á los novicios.

—O que los inspiran...

—No pienso así; los modelos pueden formar el gusto crítico, pero no provocan á hacerse autor. Yo imagino que nuestras propias emociones, nuestros sentimientos con respecto á nuestro destino, son las grandes palancas de los materiales inertes que se acunyan en nuestro cerebro. Mira en tu corazón